
Horacio G. Piñero

Anteayer fué Ambrosetti, ayer Bunge, los que enlutaban nuestras páginas...; hoy es Piñero, cuya ausencia irreparable aumenta el número de los buenos maestros que se van.

La Facultad de Filosofía y Letras ha perdido con él a uno de sus profesores eminentes, y el Centro de Estudiantes a uno de sus más generosos amigos. Seguros estamos al escribir estas líneas que ellas son el juicio unánime de los estudiantes de esta casa.

Es posible que su concepto de la Psicología, que enseñó por más de dos lustros, sufra serias revisiones. El propio maestro reconoció siempre, con honradez intelectual, la posibilidad de esa revisión y hasta comenzó a hacerla espontáneamente, en los últimos tiempos, pero cualquiera que sea la opinión que al respecto pueda tenerse sobre la obra del doctor Piñero, lo que ya es definitivo en la apreciación de su cátedra es que ésta fué de ciencia, de probidad espiritual, de estudio honrado, de anhelo por responder dignamente a las intenciones de su creación.

Pero, hay en la apreciación del ilustre maestro algo más, muy noble, muy alto y muy raro que hizo siempre, para nosotros, particularmente, simpática su personalidad: el *hermoso entusiasmo* que aportaba en todo tiempo a su enseñanza. Allí estaba el secreto del interés que despertaban sus conferencias, tan concurridas que resultaba pequeña el aula magna para dar cabida a sus oyentes, que acudían de todas las Facultades. Y lo



HORACIO G. PIÑERO

escuchaban también, con fervor, muchos estudiosos, ajenos al ambiente universitario, entre los cuales había más de uno de blanca cabellera. Precisamente de uno de estos últimos es el cariñoso recuerdo para el maestro, que abajo insertamos.

En vez de reproducir su retrato — lo que sería tarea inútil, pues lo llevamos demasiado fresco en la mente — vaya esta caricatura del popular maestro, obra de uno de sus discípulos, como sentido homenaje nuestro.



Dinamismo cerebral

Mi homenaje.

El aula rebosaba de estudiantes de medicina aquella tarde; habían invadido ocupando la izquierda del anfiteatro de la Facultad de Filosofía y Letras dando el toque fresco al cuadro juvenil, que esparcía perfume de vida. A la derecha, las señoritas del curso cuchicheaban recatadas, escapándoseles al soslayo miraditas chispeantes como saetas. Y aquí, y allí, fisonomías de rasgos borrosos, cabezas calvas y encanecidas prematuramente algunas: eran oyentes asiduos, entre los que mediaban médicos, abogados, maestros, militares en retiro, y sin oficio, simples admiradores del saber infiltrado en esa casa.

El timbre reglamentario de las 5.30 sonó, y abrióse la puerta del frente, que comunica con el laboratorio de psicología experimental a cargo del Dr. Anargyros, apareciendo sobre el tarimado, el profesor de la asignatura Dr. Horacio G. Piñero. Como por encanto, ante la simpática presencia del maestro, cesó el murmullo de abejas del colmenar de la ciencia, y un solo movimiento inclinó aquellas cabezas, aletearon las hojas del memorial, y el lápiz pronto para no dejar escapar una sola de las palabras que en cierto instante se oírían, de lenguaje divino, en pleno dominio del tema. Piñero, puntual, en su baja talla, ademanes cultísimos, indumento invariable de saco y corbata negra, *col rabattu*, cabello y bigote esmeradamente cuidados. La mirada detrás de los espejuelos irradió reflejando en los pendientes eléctricos del techo, en táctica de orador, para dominar multitudes, que impresionan novatos. Pronunció la primera frase,

en hilación con la última de la anterior conferencia, en forma y además de conversar íntimamente, con tono natural, muy tranquilo, que era la base en que se afirmaba para elevar la voz a medida de desarrollar la proposición, y caldearse su cerebro, contagiando el del auditorio que, atento, — los que no cazaban los vocablos con la mina aguzada del lápiz, no perdían movimiento de la fisonomía del eximio orador que corría en su verba, y que el pensamiento desalado de sus discípulos apenas le alcanzaba...

Describimos su última conferencia de "Psicología", memorable, porque en ella le hiere la primera chispa del rayo que debía serle fatal, — y gran pérdida para la ciencia argentina. — Cuando el maestro se sintió amenazado, — dado que en sus lecciones había dicho "ser tan sabia la naturaleza que al dar él alerta con un dolor, señala el mal..." — se levantó del asiento, tomó el puntero, e indicaba zonas de filamentos nerviosos que ascendiendo de la médula se anudan en el encéfalo, — del esquema mural a la vista, original del sabio Dr. Jakob; — agolpándose a su mentalidad nombres, cuya teoría exponía en plena fusión cerebral volviendo rápidamente la espalda a su público, para escribirlos en el pizarrón, tales como Sergi, Théodule - Armand Ribot, y otros, — y en inexplicable desasosiego daba pasos sobre la tarima mientras las frases en dinamismo admirable subían, y chisporroteaban, al salir de sus labios, y en derrota la materia, apagó la potente palabra... desplomándose el maestro sobre el sillón, llevó la mano a su amplia frente, que indefectiblemente era presa de la fiebre... El Dr. Anargyros, su ayudante, corrió a socorrerle, y la clase presentó en la fisonomía aspecto de estupor...

Reaccionando aquel energético organismo herido, — como el guerrero, que, habiendo recibido un proyectil es derribado, y se yergue, así el Dr. Piñero se incorporó y alcanzó a articular: "no es nada... ya ha, pasado..." pero, el Dr. Anargyros, dándose cuenta de la gravedad del mal, interrumpió decisivo, dirigiéndose a la clase: "queda suspendida..." La concurrencia, en silencioso gesto respetuoso, se puso de pie, y empezó lentamente a desalojar presintiendo una gran pérdida!

El catedrático, días después, desde su lecho, en que permanecía desorientado, perfiló un recuerdo para sus alumnos y la cátedra: pidiendo al Dr. Jakob "que al finalizar el año, en el "Loquero", en su nombre, diese la lección terminal del curso." — El Dr. Jakob, satisfaciendo el sagrado encargo, despidió al auditorio en aquel Establecimiento, invitándole a ponerse de pie en homenaje al maestro enfermo... Ya sabía él, que su ilustre colega había sido herido de muerte por aquel primer ataque. Los discípulos levantáronse silenciosos llevando como recuerdo ingrato del fin del curso un presagio amargo, triste, que se cumplía poco tiempo después.

En Mar del Plata, el Dr. Piñero, sufrió dos ataques más, el último: el rayo tenía que deslumbrar la luz de aquel cerebro potente, tan trabajado! Piñero, en sus lecciones había dicho: "pienso que un cerebro que trabaja se congela..."

28 de Enero, 1919.

Laurentino C. Mejías.

Discurso del Dr. Alejandro Korn en el sepelio del Dr. Horacio G. Piñero.

Señores:

Vengo en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras a despedir al colega, al compañero de tareas, al maestro; su nombre no sólo quedará inscripto con honor en los anales de la enseñanza universitaria, ocupará también un puesto digno en la historia de nuestro movimiento intelectual.

Era médico, pero sus intereses desbordaban del amplio marco de la profesión; pertenecía a ese grupo de médicos que en todo tiempo se ha sentido llamado a intervenir en la orientación filosófica de la época y cuya acción señalan gloriosos jalones en la evolución del pensamiento humano.

Tocóle a Horacio Piñero innovar entre nosotros la enseñanza de la psicología, encaminarla hacia los métodos experimentales y fundar el primer laboratorio de investigaciones prácticas. Consagró a su cátedra toda la luz de su clara inteligencia, todo el vigor de sus convicciones, todo el calor de su palabra elocuente y persuasiva. Puso en la cátedra su personalidad

íntegra, dióle la eflorescencia más alta de su vida. Y si al abrazar la causa de la Psicología experimental participó de las ilusiones de la primera hora — quien entre los hombres de nuestra generación no participó de ellas — no tardó en advertir la relatividad forzosa de todo saber y alcanzó la plena conciencia si del valor, también de los límites del experimento psíquico.

No obstante su entusiasmo doctrinario, jamás su noble espíritu se extravió en una concepción estrecha; no le empañaron ni la intolerancia de la escuela ni la ofuscación del sectarismo. Su obra ha de perdurar, porque fué obra sincera y obra espiritual; vive en la mente de sus discípulos y se incorpora para siempre al acervo de las generaciones futuras.

Ni al médico ni al filósofo puede tomar de sorpresa la sanción de la ley humana; ante lo irreparable y lo inexcrutable nos inclinamos, aunque emocionados con estoica ataraxia. Pero dura sobremanera es esta pérdida anticipada.

A nombre de los profesores, a nombre de los alumnos, a nombre de cuantos se hallan vinculados intelectualmente a aquella nuestra casa, que él supo amar y honrar, rindo el postrer homenaje al colega, al compañero de tareas, al maestro.

Discurso del Ing. Sr. Manuel Lapido

Señores:

Levanto mi voz en este acto en nombre de los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras.

No vengo aquí a derramar flores en homenaje al maestro muerto, ni vengo a llorar nuestro dolor ante la tumba recién abierta.

Vengo a recibir del maestro la última lección.

Nos dijo desde la cátedra, que amara tanto, que la vida era un eterno morir; que en todos los momentos de nuestra vida íbamos, día a día y momento a momento, dejando pedazos de nuestra vida en todos los fenómenos de nuestra evolución vital y en la labor de nuestras obras.

Que el morir era sólo una faz, una sola, de ese constante cambiar y que si nos apenaba, si nos llenaba de dolor, era sólo, tal vez, por el temor de que ante la tumba abierta, los que luchan

con nosotros vinieran a hacer, cual los antiguos egipcios, el juicio de los muertos, y no pudieran nuestras obras responder del valor de nuestra vida.

Nos decía que así como la máquina que no trabaja, muere, sin embargo, lentamente, al peso de la herrumbre que la consume, y que la máquina activa, que está siempre en plena labor se paraliza un día porque sus órganos vitales, los que más trabajan, se rompen al fin, y de un golpe, por el exceso del esfuerzo mismo.

Así en el hombre que deja pasar la vida en la molición, en el abandono de la lucha, que es el único objeto de la vida, va muriendo lenta y pausadamente por la acción de la herrumbre de los años; en cambio, el hombre de labor y de acción cae como fulminado en medio de la brega diaria, porque sus órganos vitales más activos, usados con exceso, ceden de un golpe, estallan, y el fenómeno de la muerte en pleno vigor se muestra más trágico, más doloroso.....

Al morir Horacio Piñero da vida nueva a su enseñanza; muere en pleno vigor intelectual; su corazón y su cerebro, los órganos que prodigó con exceso, se paran violentamente y muere.

Su cerebro, que lo dió por entero a la ciencia y a la cátedra y su corazón, que lo dió a sus enfermos y a su obra, y entre ella al gabinete de Psicología experimental de la Facultad de Filosofía y Letras, que fué su obra más querida y para el cual reclamo desde ya, por mis representados, el nombre del doctor Piñero; su cerebro y su corazón estallando a un tiempo, nos quitan al maestro, pero él no muere.

Su obra, su enseñanza hacen que su vida se prolongue entre nosotros y seguirá por tanto más tiempo cuanto nosotros seamos capaces de hacerla revivir en nuestros pensamientos y en nuestras obras.

Recibamos esta lección que nos da el maestro, y profesores y alumnos cuidemos de imitar su ejemplo, manteniendo vivos su pensamiento y su acción para que el doctor Horacio Piñero siga viviendo eternamente en nuestras propias vidas de labor y de lucha.